

LAS ELECCIONES DE FEBRERO DE 1936

EL 16 de febrero de 1936, en un domingo gris presidido por la lluvia, España vivía sus, hasta la fecha, últimas elecciones democráticas. Después de una campaña electoral de suma violencia, la jornada discursó sin incidentes particulares. Probablemente hubiera ocupado sin dificultad un puesto en la reducida serie de consultas "limpias" de nuestra Historia, a no mediar, cinco meses después de la victoria del Frente Popular en las urnas, el estallido de una guerra civil que ha sellado el sentido de nuestra Historia hasta el momento actual. Incluso la Comisión constituida en 1939 para dictaminar la ilegitimidad de los poderes republicanos actuantes en julio del 36 se limitó a cercenar de las 279 actas logradas por republicanos, socialistas y comunistas el medio centenar que, especulativamente, bastaba para dejarles por

bajo de la mayoría absoluta de 237. Con mucha mayor intensidad que la meditación que la guerra mundial supuso para la valoración del Frente Popular en Francia, nuestra experiencia homóloga se vio afectada en su imagen histórica por el hecho determinante que la sigue: la contienda civil.

Como para otros problemas del período y, en general, para la consi-

aciertos-errores, estereotipos heroicos-imágenes de villano, inocentes y culpables en definitiva). La pirámide de testimonios de protagonistas propició así una descripción maniquea, cuyo modelo más espectacular sería la **Historia de la Cruzada**, pero cuyos trazos no se limitan al corte entre las dos Españas, prolongándose hacia el interior de los respectivos campos,

Antonio Elorza

deración general de la propia República, la primera exigencia consiste en restituir al análisis histórico toda su complejidad, eliminando las interpretaciones reduccionistas. Y la tarea no es fácil por la enorme masa de material bibliográfico acumulado, en que inevitablemente el hecho culminante de la guerra impone su propia dialéctica dualista (vencedores-vencidos,

y en especial del republicano, a modo de improvisado tribunal de responsabilidades. Libros como **La velada en Benicarló**, de Azaña, o el **No fue posible la paz**, de Gil-Robles, serían ejemplos de esta orientación que, conforme transcurre el tiempo, se transmite y nubla la significación de los recuerdos emitidos por protagonistas cada vez más secundarios.

Lo malo es que esta polarización, justificable en los protagonistas, se ha transmitido a los historiadores en la medida que resulta operativa para guiar y dar coherencia a un discurso apoyado en un análisis insuficiente, sintonizando de paso con un público que se supone propenso a admitir el sistema de juicios de valor que guía el relato.

En estas condiciones, parece lo más oportuno efectuar un regreso a las fuentes, tratando de contemplar los enfrentamientos políticos de la Segunda República como la expresión de un conflicto de clases sobre el cual operaba un complejo de factores fundamentales, que es preciso integrar en el estudio de cualquier tema, tratándose de las elecciones, de Acción Popular o de la CNT. Hagamos una simple enumeración de los mismos: primero, la reacción del gran capital y de los propietarios agrarios frente a las perspectivas reformadoras abiertas por el simple hecho del cambio de régimen; segundo, la inseguridad en todos los órdenes de la pequeña burguesía urbana que ha hecho posible el 14 de abril y que persistirá en su apoyo electoral hasta la guerra, pero sin conseguir siquiera una clarificación de sus propios intereses político-económicos (lo que se traduce en la crisis permanente de los partidos republicanos); tercero, la actitud de la Iglesia, bastión de los intereses antes defendidos por la Monarquía y polo de atracción que ha de compensar el despego de la pequeña burguesía hacia las fórmulas fascistas; cuarto, la configuración de una clase obrera, escindida sindical y políticamente, sobre cuyo sector reformista gravitará de modo decisivo la oposición de Iglesia y propiedad a toda reforma; quinto, la incidencia de la crisis mundial, que endurece la resistencia a las reformas de la burguesía, en su conjunto, incluidas las facciones republicanas, y compensa con creces en incremento del paro las posibles ventajas económicas del primer bienio, y, en fin, la posición ambivalente de regionalismos y nacionalismos periféricos, que, en definitiva, ha de actuar en favor del régimen al eliminar el peligro de facitización de la pequeña burguesía y otorgar un



Largo Caballero, Martínez Barrio, Alvaro de Albornoz, Pedro Rico y De Francisco, a la cabeza de una manifestación a favor del Frente Popular.



La muchedumbre reunida en la plaza de la Cibeles madrileña celebra la victoria en las elecciones.

apoyo popular en momentos críticos. Sin olvidar el peso de la política exterior, que contempla la instauración del fascismo en Centroeuropa.

Dentro de este esquema de juego, la formación del Frente Popular aparece marcada, en el plano interior, por dos acontecimientos —la victoria electoral del centro-derecha en noviembre de 1933 y la Revolución de Octubre del siguiente año—, y en el exterior, por los reajustes que tienen lugar en la estrategia obrera ante la consolidación del nazismo, cuya manifestación más espectacular es el giro que supone el VII Congreso de la Internacional Comunista, reunido en julio de 1935, al definir como deseable la política de alianzas que se conocerá con la denominación de frentepopulismo.

La estrategia del obrerismo revolucionario, modificada inicialmente por la derrota socialista en las elecciones de 1933 (a la que pronto acompaña el fracaso de la insurrección cenetista de diciembre del mismo año), va a configurarse a la luz de los resultados del intento revolucionario de octubre de 1934. Las posiciones irán reajustándose de forma lenta y difícil. Es cierto que el levantamiento de Asturias recibe su fuerza de la acción conjunta, en el seno de la Alianza Obrera, de socialistas, anarcosindicalistas y comunistas, pero no es

menos evidente la serie de dificultades y de frustraciones que acompañan a aquel resultado. Ni la CNT se integra plenamente en la alianza fuera de Asturias, eliminando así toda posibilidad de éxito en Cataluña (a pesar de la participación de la pequeña burguesía nacionalista), ni el Partido Comunista ha asumido la nueva táctica más que de forma muy tardía. En el interior del propio movimiento socialista, la situación es ambigua, pues en octubre intervienen fuerzas que en 1935-36 mostrarán su diversa significación (centrismo de Prieto, socialismo revolucionario de Largo Caballero, Juventudes Socialistas orientadas hacia la bolchevización). El fracaso de octubre creará una situación límite en que las futuras expectativas y alianzas han de definirse con la máxima claridad: las coincidencias coyunturales en una misma organización dejan paso a tensiones precursoras de ruptura (caso del PSOE, en su transición del colaboracionismo de clases a la revolución), mientras razones de eficacia aconsejan la concentración de fuerzas afines: nacimiento del POUM y gestación de PSUC en Cataluña, reunificación anarcosindicalista, acercamiento de izquierda socialista y PCE sobre la base de una bolchevización a la que precede la integración de la CGTU en la UGT. Pero la clase obrera no se mueve en el vacío. Y las secuelas



Carteles de propaganda electoral de Acción Popular. El mito de la anti-España aflora una y otra vez en estos "slogans" de la derecha.



"Dadme la mayoría absoluta y os daré una España grande", dice el Gil-Robles del enorme cartel electoral de la CEDA colocado en la Puerta del Sol.

LAS ELECCIONES DE FEBRERO DE 1936

de octubre (amenaza autoritaria por parte de la CEDA, contrarreforma económico-social consumada, centros clausurados, militantes en prisión) obligan a adoptar una estrategia electoral de índole estrictamente defensiva y contraria a la clarificación descrita. Tal es, a nuestro juicio, el sentido del Frente Popular.

Luis Araquistáin describía, en enero de 1936, esta renuncia consciente y forzada de un amplio sector de la clase obrera, convergente con la que cabía apreciar en las filas de la burguesía republicana: "No hay duda de que existe una resistencia íntima, de tipo moral, de una parte y de otra: a muchos republicanos les repugna ir del brazo con los partidos obreros que no se recatan en confesar públicamente que ya están curados de ilusiones republicano-democráticas (...); pero los republicanos, si quieren gobernar, necesitan los votos del proletariado. A su vez, a muchos socialistas y comunistas les repugna también galvanizar con sus votos unos partidos republicanos que no podrán, aunque quisieran, realizar ni una mínima parte de la revolución democrática... y que, llegado el caso, defenderán, en nombre del 'interés nacional', los de la burguesía contra los del proletariado; pero éste necesita una amplia amnistía, y por lo tanto, un Parlamento y un Gobierno que puedan otorgarla. No será otro

—digámoslo con toda franqueza— el sentido de la coalición republicano-obrera: un acto externo, de fuerza mayor, sin entusiasmo íntimo".

Y no eran sólo reticencias especulativas. Sólo con grandes dificultades pudieron ser convencidos Manuel Azaña y Francisco Largo Caballero de que participaran en la alianza electoral los comunistas, para el primero, y en cuanto al segundo, que abandonara su idea, compartida con las Juventudes Socialistas, de un bloque popular concentrando a las fuerzas obreras revolucionarias. Se impuso para ellos la fuerza de las cosas, lo mis-

mo que para la CNT, que sin renunciar a sus principios puso sordina a la propaganda abstencionista.

La virtualidad de la nueva fórmula política habría de depender, en primer término, de la capacidad de quienes habían de encargarse de su aplicación desde el poder: los partidos republicanos. La dificultad residía en que, para ellos, la victoria electoral equivalía a una recuperación de la República del 14 de abril, objetivo bien definido frente a la política radicalcedista, pero sumamente impreciso respecto al programa de aquella colaboración. Los **Discursos en campo abierto** de Manuel Azaña, pronunciados en 1935 y publicados en enero del 36, son la mejor muestra de tales limitaciones. "La República —dirá en Baracaldo— es la más terminante y rigurosa expresión de realismo político español de nuestros días". "Se trata de enderezar de nuevo la política republicana —habla afirmado con anterioridad en Valencia— hacia los pensamientos con que la República nació". Pero el contenido de esta recuperación de la República se agotaba en el plano político, como reposición de la democracia y de la legislación social puestas en cuarentena desde el triunfo del centro-derecha y, sobre todo, a partir de la participación gubernamental de la CEDA. "Todo el Estado español —afirma Azaña en Comillas, en octubre de 1935— es una conjuración antirrepublicana, un sistema organizado contra las personas de los republicanos y contra el régimen, y esto no lo podemos tolerar más tiempo". Las persecuciones contra personalidades y partidos republica-

nos, lo mismo que la amenaza de reforma constitucional y la evidencia de la legislación derogatoria de las medidas del primer bienio, eran suficientes argumentos para poder proclamar: "Lo que pedimos es la República". Ahora bien, ¿qué novedades introducía el proyecto de Azaña respecto a los partidos obreros que otra vez habían de verse incorporados en la coalición electoral? Los "discursos en campo abierto", lo mismo que la prensa republicana en la fase electoral, revelan una notable indecisión. Se aspira a restablecer la economía nacional, con las leyes sociales suprimidas; también se quiere "encauzar las masas encrespadas del pueblo español por las vías del sufragio". Pero la fórmula no iba más allá de la restauración de la democracia, y las reivindicaciones obreras son el protagonista ausente de los textos republicanos. Las referencias a "la defensa de la política social de la República" o a "la justicia que se debe al trabajo y a la producción" equivalían a una negativa a asumir los cambios producidos en la conciencia obrera por el fracaso de la política reformadora de los gobiernos republicano-socialistas.

El comportamiento republicano en los dos meses que preceden a la firma del pacto de Frente Popular, en enero de 1936, confirmó la línea definida a lo largo de 1935. No sólo se registró la oposición de Azaña a que el Partido Comunista se integrara en la alianza —frente a la tolerancia que acabaría imponiéndose de Unión Republicana—, sino que el republicanismo admitió como único interlocutor válido a la



Mitín de la CEDA de Gil-Robles en el frontón Aragonés.



La multitud saluda entusiasmada a Pedro Rico, al que vemos en la foto saliendo del primer coche para dirigirse al Ayuntamiento, del que iba a tomar posesión.

representación del PSOE, compuesta por Manuel Cordero y Juan Simeón Vidarte, que tuvo que hablar en nombre propio y de comunistas y sindicalistas. Y el 16 de enero, al día siguiente de suscribirse el acuerdo, el portavoz de Izquierda Republicana, Amós Salvador, pudo destacar el triunfo del criterio restrictivo que defendiera su partido: "Nosotros no podíamos pedir ni esperar que los partidos obreros abandonasen las doctrinas que los caracterizan, ni podíamos consentir en desdibujar nuestros perfiles netamente republicanos". Con razón titulaba el diario **Política** que "la base de este programa es la defensa de la República y de su Código fundamental". El extenso pacto electoral describía esencialmente un regreso, con modificaciones de detalle, a la legislación republicana en materia social, de educación, obras públicas, agricultura y crédito. Las referencias más pormenorizadas se extendían a la resolución de los abusos del poder producidos a partir de 1933: amnistía, reposición de trabaja-

dores despedidos, mayor protección al ciudadano frente a la fuerza pública y en el sistema penitenciario. Pero, de modo explícito, los partidos republicanos rechazaban la nacionalización de la tierra y de la Banca, el control obrero e incluso la implantación del subsidio de paro.

Nada más lejos, pues, de las imágenes que **El Debate** o **Ya** difundían acerca de un Manuel Azaña abrazado por el oso ruso o "náufrago en el oleaje comunista". Explícitamente, el republicanismo recusaba toda definición socio-económica para presentarse exclusivamente como "un régimen de libertad democrática, impulsado por razones de interés público y de progreso social". El precio pagado sería la dualidad, cada vez más evidente de febrero a julio de 1936, entre la esfera de poder del Gobierno "monocolor" republicano y una movilización popular creciente de los grupos obreros revolucionarios, tanto en la calle de las ciudades como en las zonas rurales, desbordando con sus ocupaciones de

tierras la ineficacia de la ley. En tanto que el terrorismo blanco sentaba las bases de la actuación contrarrevolucionaria. Obviamente, los partidos republicanos, y de modo singular Azaña, no habían extraído las lecciones derivadas de las relaciones de clase en el primer bienio (entre otras razones, por su propia perspectiva ideológica). Por lo que concierne a las organizaciones obreras, la movilización iniciada con las elecciones es lo que puede explicar el vigor de la respuesta popular de julio.

La campaña electoral

La adopción de las circunscripciones de ámbito provincial, que fijan las normas electorales de 1931 y 1933, había contribuido a desarraigar el caciquismo que reinara sin oponentes a través de los distritos uninominales en la España rural de la Restauración. No quiere decir esto que en los cinco años de República desaparecieran por entero los fenómenos de clientelis-

mo y corrupción del cuerpo electoral, que, cabe suponer, se mantuvieron con tanta mayor intensidad en proporción a los índices de analfabetismo, control de los poderes tradicionales y aislamiento de los centros de población rural. Es un hecho innegable cuyo alcance no nos es posible apreciar por la falta de estudios de sociología electoral sobre el período. Pero, en cualquier caso, y salvo excepciones, las formas tradicionales de coacción hubieron de modificarse de acuerdo con la exigencia de movilización a que forzaba la desaparición del control que bajo la Monarquía ejerciera el Ministerio de la Gobernación. Los partidos hubieron de confiar de modo creciente en las expectativas de movilización del voto derivadas de la propaganda: en 1933, el número de **meetings** por agrupación creció notablemente respecto a las elecciones a las Constituyentes, y el salto fue aún más espectacular en febrero de 1936. Los partidos —y tal vez con mayor eficacia los conservadores— procedieron a un estudio porme-

HISTORIA DE ESPAÑA ALFAGUARA

Alianza Editorial

I/ Angel Cabo-Marcelo
Vigil

Condicionamientos
geográficos.
Edad Antigua

AU 37, 2.ª ed., 290 ptas.

II/ José Angel García
de Cortázar

La época medieval

AU 40, 3.ª ed., 320 ptas.

III/ Antonio
Domínguez Ortiz
El Antiguo Régimen:
Los Reyes Católicos
y los Austrias

AU 42, 3.ª ed., 320 ptas.

IV/ Gonzalo Anes
El Antiguo Régimen:
Los Borbones

AU 44, 2.ª ed., 320 ptas.

V/ Miguel Artola
La burguesía
revolucionaria
(1808-1874)

AU 46, 3.ª ed., 320 ptas.

VI/ Miguel Martínez
Cuadrado
La burguesía
conservadora
(1874-1931)

AU 49, 2.ª ed., 290 ptas.

VII/ Ramón Tamames
La República.
La Era de Franco

AU 51, 5.ª ed., 320 ptas.

LAS ELECCIONES DE FEBRERO DE 1936

norizado de sus posibilidades en cada localidad, controlando los medios de propaganda y comunicación, forzando la intervención de los afiliados influyentes, e incluso programando con antelación las relaciones con aquellos personajes influyentes que pudieran modificar el comportamiento del electorado. Todo lo cual determinaba un incremento de las necesidades financieras y de la burocratización de las organizaciones políticas.

El acto de propaganda por excelencia fue, a lo largo de la República, el **meeting**, a ser posible con la participación de un notable del partido. Se implanta así en España, desde las elecciones de 1933, la campaña itinerante, en que el dirigente nacional recorre una serie de localidades reforzando la posición de los dirigentes provinciales. El agotador viaje de Largo Caballero en noviembre de 1933 por Extremadura, Murcia, Jaén, trasladándose en automóvil de un pueblo a otro, es un ejemplo de los nuevos procedimientos.

Pero, en este aspecto, la modernización en la propaganda fue increíblemente superior por parte de la derecha, y singularmente en la actuación de Acción Popular.

Los mayores recursos económicos favorecieron además un despliegue de medios que, ensayado con éxito en 1933, alcanza su cenit en la preparación de las elecciones de 1936. Por supuesto, el **meeting** se mantiene, pero su impacto es potenciado a través de la retransmisión a una serie de locales conectados a través de la red telefónica. Un orador secundario intervenía en cada uno de ellos reforzando el papel central que como líder desempeña José María Gil-Robles. El domingo anterior a las elecciones son diez cines de Madrid los contratados y el discurso de clausura de la campaña electoral se retransmite a docientas localidades. El jefe se traslada asimismo a varias localidades (Sevilla, Valencia, Zaragoza), buscando igualar la imagen que en convocatorias en campo abierto obtuviera meses antes Manuel Azaña. Incluso se proyecta un desplazamiento aéreo a Canarias, que resulta frustrado por el mal tiempo.

El desbordamiento que desde un mes antes de las elecciones introduce en la propaganda Acción Popular aconsejó al Gobierno una discutible limitación, prohibiéndose el 1 de febrero la utilización de la radio, los anuncios luminosos y la distribución de octavillas desde aviones (de los que contaban ya con una escuadrilla contratada).

Elo obligó a volcarse sobre los medios impresos. Una semana

antes de la consulta, Acción Popular registraba un consumo de papel doble que en toda la campaña del 33, con 215 toneladas, que fueron utilizadas para confeccionar cincuenta millones de pasquines, tres millones setecientos mil folletos y dos millones ochocientos mil carteles (de ellos, más de un millón litografiados). Cien camionetas se encargaban de la distribución del material, con un coste confesado de seiscientos mil pesetas en jornales pagados para su confección y reparto. El gran cartel que cubría la fachada de la Puerta del Sol, entre Mayor y Arenal, con iluminación nocturna mediante reflectores y Gil-Robles acompañado del lema "Estos son mis poderes", simbolizaba una hegemonía en los recursos económicos que no habría de encontrar la respuesta adecuada en las urnas (1).

(1) Apenas salidas de la represión de 1934-35, las organizaciones obreras no pudieron equilibrar la propaganda adversaria, aunque se multiplicaron los mítines y la expresión gráfica inició el auge que culminaría en los carteles de la guerra. La derecha acudió también a otros medios secundarios. En los cines se proyectaron proclamas bajo el signo de "¡Votad a España!" y un documental, "La obra revolucionaria de las hordas rojas de octubre del 34". Afirmaron haber copiado en alguna ocasión la red telefónica para impedir la difusión de un discurso de Azaña y editaron falsos periódicos obreros para suscitar confusión: **La Lucha**, órgano de la inexistente Federación Nacional del Trabajador; **Acero, Nada menos que "Organo Internacional del comunismo integral"**, y **¡Adelante!**, defensor de otra fantasmal Federación de Juventudes Trabajadoras de España.



Un hermano de Fermín Galán se dirige a la enfervorizada muchedumbre en plena Puerta del Sol.

En cuanto al contenido de la campaña, el protagonismo correspondió en la izquierda a los partidos obreros, que trataron de compensar con la movilización de su base la escasez de recursos financieros respecto a la CEDA. La propaganda republicana fue, en líneas generales, gris, insistiendo en el carácter reaccionario de la derecha católica y, como polo positivo, en la personalidad de Azaña. El primer elemento citado fue también la pieza clave de la actuación socialista, preocupada por el estricto republicanismo de un pacto electoral que sólo dejaba abierta la posibilidad de expulsar del poder a la CEDA y borrar las consecuencias del fracaso revolucionario de octubre. "De cuanto en el acuerdo se estipula, lo sustancial para nosotros —declaraba *El Socialista*, del 17 de enero— continúa siendo la amnistía. No es que desdeñemos el programa de gobierno suscrito. Lo apreciamos en su valor, que no es poco hoy. Pero la amnistía es el gran problema al cual se adscribe toda nuestra voluntad de triunfar". Al mismo tiempo se introducía la valoración positiva del levantamiento del 34, "porque nadie puede abrigar la ilusión de que, evitando la lucha armada, hubiera logrado la clase obrera un trato mejor que el que antes y después de octubre se le dispensó. Hubiera ocurrido exactamente lo contrario. Gracias a octubre no ha muerto del todo la República y están en vísperas del triunfo los trabajadores y los republicanos de izquierda que con ellos forman el Frente Popular" (*E. S.*, 30-I-1936). Como en sus oponentes de derecha, la campaña se desarrolla en una línea de notable violencia verbal, con la represión de octubre y la derrota de la reacción como imágenes que surgen una y otra vez (2).

En el orden teórico, lo más destacado es la propuesta de Largo Caballero sobre una conciliación de los intereses a corto plazo (el respeto por la clase obrera del pacto electoral) con el mantenimiento de unas expectativas revolucionarias sustentadas en la previa unificación sindical y política del proletariado. Con un sentido diferente a la propaganda del Partido Comunista, que insistía en la necesidad de alianza con la pequeña burguesía para cerrar el paso al fascismo.

(2) Hemos consultado los diarios siguientes para elaborar la descripción de la campaña y de su contenido ideológico: *Ya*, *El Debate* y *ABC*, por el Frente contrarrevolucionario; *Mundo Obrero* y *El Socialista*, órgano entonces de Prieto, para los grupos obreros; *Política*, para Izquierda Republicana, y *Euzkadi* y *El Día*, para el nacionalismo vasco. Como es lógico, un análisis en profundidad haría necesaria la consulta de otras fuentes y el uso de una metodología de que carecen nuestras notas.



Los votantes aguardan su turno ante el colegio electoral instalado en el edificio de la Universidad de Barcelona.

considerándose en la fase democrática previa a la revolución socialista. Es significativo que los órganos comunistas tiendan a hablar siempre de Bloque Popular —refiriéndose al Frente—, realizando una captación dirigida a legitimar sus propuestas de frente único en la base obrera a través de la generalización en la misma y en el campesinado de "bloques populares".

Por parte de la derecha, el rasgo sobresaliente fue la incapacidad para ir más allá de una alianza electoral, centrada en el objetivo básico de la contrarrevolución. La imposibilidad de alcanzar una plataforma doctrinal coherente entre monárquicos y cedistas, descrita adecuadamente por Tusell, respondía a la heterogeneidad de aspiraciones políticas entre los grupos integrantes de los que, con un vocablo del XIX, podrían calificarse como "clases conservadoras" (propiedad agraria, Iglesia, oligarquía industrial y financiera). El abanico comprendía desde la "instauración" de una Monarquía autoritaria o una dictadura fascista, a un accidentalismo conservador, pero no menos visible era la finalidad de anular de modo definitivo a las organizaciones revolucionarias de la clase obrera y dar paso, con más o menos claridad, a un proceso de revisión constitucional destinado a

restringir el sistema democrático.

La campaña electoral del Gil-Robles puede servir de ejemplo, en la misma medida que las líneas editoriales de diarios tan vinculados al catolicismo político de Acción Popular como *Ya* o *El Debate*. Gil-Robles no habla ya, como en octubre de 1933, de construir un Estado nuevo que llevase a cabo en España la depuración de socialistas, masones y judaizantes, pero no por eso dejaba de propugnar un sistema autoritario que ejerciese una represión implacable contra "el principio marxista de la lucha de clases y el principio separatista disfrazado de un regionalismo criminal". La parquedad de los compiladores de los **Discursos parlamentarios** del antiguo líder de Acción Popular es explicable. A salvo de la llamada al capital y a las promesas de protección respecto a la producción agraria, la significación de sus discursos sólo se precisa al hablar de la represión contrarrevolucionaria. "Es la batalla definitiva con la revolución —declara a *Ya*, a una semana de la consulta—, toda vez que estas elecciones van a significar al mismo tiempo una contienda con todos aquellos elementos que no han permitido el vencimiento total, la liquidación completa de la revolución después de octubre". Y, en Zaragoza, declaraba: "Para mí

comienzan las alianzas contrarrevolucionarias en el límite mismo en que acaban los contubernios revolucionarios, donde ellos concluyen comenzamos nosotros para oponer una barrera infranqueable a la revolución". Es cierto que en 1934-35 su corporativismo parece definirse como fin a obtener sin el soporte de un Estado totalitario, pero tampoco ofrecía su propaganda la menor garantía de prolongación de la democracia.

Más aún si tenemos en cuenta la campaña paralela que, en un lenguaje estrictamente fascista, desarrollaban las Juventudes de Acción Popular, con constantes invocaciones al liderazgo carismático de Gil-Robles como jefe encargado de extirpar el virus socialista. La República de los Caballeros, de 1935, se convertía, de acuerdo con la JAP, en un Estado totalitario donde la contrarrevolución encontraría un sistema de poder eficaz bajo la doble guía doctrinal del corporativismo y del tradicionalismo. Desde octubre de 1935 habían definido su proyecto: "Frente contrarrevolucionario de españoles, bajo la dirección del JEFE, para aniquilar la antipatria y hacer en breve a España una gran nación". Mientras los carteles de propaganda electoral cedista insistían una y otra vez en asimilar como factores inseparables de la revolución a la masonería, el separatismo y el comunismo, el órgano de las JAP fijaba sus propósitos: conquista del poder con "repudio del liberalismo" y de la "putrefacta democracia", bajo la consigna de "España, una; España, justa; España, imperio".

No insistiremos en las notas maniqueas de la propaganda monárquica, que de paso no olvidaba subrayar la inseguridad de Gil-Robles. La polarización no dejaba mucho espacio a la maniobra de centro que, con el apoyo del Presidente Alcalá Zamora, bosquejó desde el poder Portela Valladares. Al margen de la polarización del ambiente político, tampoco el sistema favorecía el buen éxito de los jugadores independientes.

Más significación política tuvo la campaña política centrista desarrollada en el País Vasco por el Partido Nacionalista. La consiliación como partido interclasista y la negativa de la derecha a favorecer el camino de la autonomía —doblada después de octubre con la acusación tradicionalista de haber sido cómplice de la revolución—, forzaron una definición propia sobre la base de la autonomía, el reformismo social y la baza de no haberse prestado a secundar represión



TRIUNFO está ultimando la preparación de un índice correspondiente a los artículos publicados durante el año 1975.

El índice, al igual que el de años anteriores, tendrá un formato de 19 x 27 cm. y constará de 40 páginas aproximadamente. Su precio de venta será de 50 pesetas.

El citado índice no se pondrá a la venta en quioscos, y para conseguirlo bastará con que nos remitan el boletín que publicamos a continuación, acompañado de un talón bancario nominativo por importe de 50 pesetas o sellos de correos por la misma cantidad (agradeceríamos se limitasen a una de estas dos formas de pago).

Por tener fijada una fecha tope para el comienzo de la tirada del índice, precisamos recibir este boletín antes del día 15 de marzo. Lamentamos sentirnos obligados a no admitir las peticiones que nos llegasen después de dicha fecha, por no haber hecho la oportuna previsión de tirada.

La programación que nos ha efectuado la imprenta nos hace pensar que el índice podrá estar en poder de los solicitantes dentro de la primera quincena del próximo mes de abril.

Les rogamos se abstengan de pedir índices de años anteriores, ya que se encuentran totalmente agotados.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A:

triumfo

CONDE VALLE SUCHIL, 20
TEL. 447 27 00* • MADRID - 15

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE O PLAZA

N.º TELEF. CIUDAD

PROVINCIA PAIS

Envíenme el Índice de TRIUNFO correspondiente al año 1975.

FORMA DE PAGO: Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de TRIUNFO por importe de 50 pesetas.
 Adjunto SELLOS DE CORREOS por importe de 50 pesetas.

LAS ELECCIONES DE FEBRERO DE 1936

alguna, contra izquierdas o derechas, desde la implantación de la República. A duras penas, y con el apoyo del obispo Múgica, logró el PNV deshacer las acusaciones del clero tradicionalista y de la prensa monárquica y patronal. De todos modos, la presión de la derecha le hizo perder una proporción notable de su electorado, abandonando a los frentepopulistas la mayoría de Bilbao-capital y fracasando en los intentos de copo en Vizcaya y Guipúzcoa, si bien con pérdida generalizada de votantes. Aunque mantenía su definición contrarrevolucionaria, la recusación de que era objeto por parte de la derecha abocaba al PNV a la paradójica posición que determinará su vinculación al Frente Popular tras el levantamiento de julio.

EPILOGO: DE FEBRERO A JULIO

Las peculiaridades del sistema electoral republicano, con la dificultad casi insalvable para precisar los sufragios por partido y circunscripción, han motivado una polémica historiográfica, de raíz conservadora, sobre los resultados de la elección de febrero del 36. Una de las reglas del gobierno representativo es que la mayoría se obtiene a través del número de representantes, y no como proyección inmediata de los sufragios obtenidos. En este sentido, la victoria del Frente Popular fue incuestionable, con 263 diputados adscritos al mismo (88 socialistas, 79 Izquierda Republicana, 34 de Unión Republicana, 22 de Esquerda, 14 comunistas, etcétera) por una oposición máxima de 210, presididos por los 101 diputados de CEDA e incluyendo en dicha sección a un grupo de centro como el Partido Nacionalista Vasco (3). En la imagen de esta victoria ha de tenerse en cuenta: a) que la mayoría del Frente Popular se gestó en las zonas urbanas —incluso en aquellas provincias donde se vieron compensadas con creces por votos rurales de derecha—, repitiendo la imagen de unión electoral entre clase obrera y pequeña burguesía, triunfante ya en 1931; b) que, incluso a través de los cál-

(3) Recogemos como indicativos los datos de X. Tusell en *Las elecciones del Frente Popular*, aun cuando parece conveniente —a la vista de errores como los de Guipúzcoa— esperar una revisión de su análisis.

culos de *El Debate*, surge la imagen de un mayor número de sufragios obtenidos por el Frente Popular que por las candidaturas contrarrevolucionarias, y c) que dicho margen fue con frecuencia restringido, siendo con toda probabilidad mayor el número de sufragios derechistas y de republicanos de centro sumados que los del sector llamado a constituir Gobierno.

La historia de los cinco meses que transcurren hasta el levantamiento de julio escapa a estas notas. Tal vez el acontecimiento más visible, descrito hasta ahora de mil maneras, es que los conflictos latentes desde 1934 tienden ahora a hacerse manifiestos. El hecho decisivo lo constituye, a nuestro juicio, la inclinación a interrumpir violentamente el mecanismo constitucional que, apenas conocido el resultado de las elecciones, asume la derecha (intentos de Gil-Robles y otros por conseguir de Portela la declaración de estado de guerra). Vuelve a producirse el engarce de 1932 entre una fachada política legalista y la gestación de un golpe de fuerza. Por su parte, el dualismo Gobierno republicano-movilización obrera crea un vacío de poder, hábilmente explotado por la derecha para crear una sensación legitimadora de desorden, en tanto que la intensa movilización de las organizaciones obreras conforma el factor de resistencia que será visible en julio, resolviendo las contradicciones que comprobábamos en la gestación del Frente Popular en el sentido de una inevitable salvación/destrucción del orden republicano frente al alzamiento. Secundariamente, lo más destacable es posiblemente la persistencia de la crisis interna del socialismo, que, al impedir la definición como fuerza autónoma de la izquierda socialista, crea las condiciones para que la radicalización iniciada en 1933 sea capitalizada por el Partido Comunista. Es un proceso que se dibuja nitidamente en la primavera de 1936 y cuyos efectos serán sólo visibles bien entrada la guerra.

Como es obvio, no terminaremos con la pregunta sobre si la misma pudo o no evitarse. La función del historiador no es pronunciar veredictos ni crear complejos colectivos de culpa, aunque los mismos se vendan bien en el mercado. Su cometido es formular hipótesis, investigar los procesos, de suerte que la labor teórica ulterior puede liberarse al máximo de mitos y de planteamientos irracionales, una de cuyas formas privilegiadas es el anacronismo. ■ A. E.